

VETERANOS DE LA REPÚBLICA

POR
JULIO JUST



1932

Los de Buñol dicen con orgullo: "Somos hijos de Buñol. Es decir, somos gente libre, avanzada, rebelde." Con frecuencia van al campo llevando el legón al hombro y el libro bajo el brazo. O bien van leyendo en el carro, camino del majuelo o de vuelta hacia el pueblo, ya entre dos luces, cuando de las chimeneas comienzan a salir, lentamente, hacia el cielo de un tierno color violeta, finas columnas de humo. Buñol es una República. No importa que el resto de España sea monárquico o domine la forma monárquica. Buñol es un cantón libre, con la bandera tricolor clavada en lo alto de su castillo en ruinas. Y además de republicano, librepensador. En el umbral de su iglesia crece la hierba. Sus campanas tienen los muñones enmohecidos. El agua bendita se corrompe en las pilas. En las calles suenan los nombres más extraños: Giordano, Danton, Libertad, Floreal, Sócrates, Platón, Darwin, Pa'mira. Nombres de mártires del fanatismo religioso, de héroes del pensamiento libre, de filósofos, de luchadores heroicos. Los de Buñol se dicen jactanciosamente "buñoleros" como el ciudadano suizo declaraba orgullosamente su nacionalidad en medio de las monarquías absolutas y teocráticas de la Europa del siglo XVIII. Tierra de libertad, ciudadela de la República.

SIN NOMBRE

Se empeña este viejo amigo, este buen veterano, en que no se diga su nombre: ¿Para qué?, dice él. Pero yo le opongo mis razones. La ejemplaridad de la conducta, si le falta el nombre del actor, parece rebajarse. Es, aunque en otro aspecto, lo que ocurre con las reclamaciones o denuncias justas, con los ataques justos, si se formulan en el anónimo. Pero este veterano insiste en su opinión. Y añade, luego de un rato de pausa, con repentino arranque, en el que vibra cierto orgullo:

—Diga usted que se trata de un ciudadano, de un hombre libre; de uno de Buñol. Eso es—insiste, como habiendo encontrado la palabra exacta, justa—; uno de Buñol.

Camina lentamente, con trabajo, apoyándose en un rústico cayado. Calza alpargatas de esparto, es pequeño, muy apersonado, sin embargo; viste a lo labriego, lleva una faja negra y un gorro puntiagudo, de punto, calado hasta las orejas, gran-

des y pegadas a una cabeza redonda y pequeña, con manchas amoratadas de sabañones. En las sienes le blanquea el pelo, pero las cejas son negras, negrísimas y salientes, aunque muy cortas, como dos rayas de tinta china sobre unos ojuelos redondos, inquietos y sagaces.

Se para de pronto y me señala una plazuela con su cayado. ¿Ve usted aquella casa, el piso aquél? Allí hay una sociedad obrera. Se llama el Primero de Mayo. ¿Un nombre bonito, verdad? El Casino Republicano se llama El Avance. ¿Lo conoce usted, eh? Hay allí muy buenos retratos. El de García Vayo, el de Costa, el de Blasco Ibáñez, el de Arnau. También están los de Cervantes y Colón. Estos no eran republicanos, es cierto, pero hoy sin duda lo serían. El que escribió aquel pasaje de los galeotes, ¿no tenía espíritu de republicano?

Miro con alguna sorpresa a mi viejo acompañante. Es un labrador, como Carrascosa Pérez; un hombre de humilde cuna, arrancado en plena infancia a los cuidados de la escuela, para trabajar como un hombre, con un legón tan pesado como él. Ni ha tenido largos ocios ni caudales para adquirir una cultura, y, sin embargo, su trato, sus razonamientos, su discurso, revelan en cada instante un entendimiento trabajado, enriquecido en largas y variadas lec-

turas. ¿No es esta una suerte de heroísmo? Emanar la propia conciencia, ensanchar la visión intelectual del mundo, poblar la vida interior de hechos y nombres ilustres, sin haber salido de un pueblo de reducido caserío, donde no hay ni biblioteca, ni museos, ni ateneos, ni otra Prensa que la que se recibe de fuera, ni universidades, ni cosa semejante, es uno de los grandes trabajos reservados a los hombres mejores, de más firme voluntad, más capaces de lo heroico, y en este concepto, este buen viejo, este correligionario, merecía incluirse entre los héroes de que habló Carlyle.

—Mire usted, la iglesia—añade después, sin moverse del sitio—. ¿Qué le parece?

Me quedo un rato contemplándola. Las paredes están ruinosas, cayéndose el enlucido en grandes placas, que cuartean toda la fachada; las columnas y las cornisas de la puerta están mutiladas, sucias, las puertas enrojecidas por el óxido, y en la torre, cuadrada como casi todas las torres de los pueblos valencianos—es de advertir que Buñol es el primer pueblo verdaderamente valenciano que se encuentra cuando se baja hacia el mar desde Cuenca, pues Utiel, lo mismo que Requena, tienen traza y carácter castellanos—la cornisa está rota, y sobre ella crecen grandes matas de hierbas grises, como mantenidas lejos de la tierra suculenta y fecunda.

—Yo me casé civilmente—dice, reanudando la marcha—, y mis hijos han sido inscritos así, y mis nietos. En el cementerio civil tengo la mitad de mi familia. Y allí es a donde yo iré también.

Bajamos por una calle estrecha, de fachadas claras. Se oye el rumor de una fuente. Pasa una muchacha con un cántaro sobre la cabeza: anda lentamente, de un modo armonioso, moviendo con gracia los hombros.

—A esa chica la llaman Dalia—dice mi amigo.
—Su padre es un buen republicano.

Charlando y caminando lentamente salimos al río. Las aguas son escasas, van saltando por entre peñas, como si cayeran por una escalera. Aquí y allá hay pequeñas fábricas de papel, con antiquísimas ruedas hidráulicas, negras, con manchas de verdín. Por una cuesta trepan unas cabras. En un bancal trabaja un hombre.

Fragmentos del libro “Veteranos de la República” de Julio Just (1932), breves artículos aparecidos entre 1928 y 1930 en *El Pueblo* que retratan estampas de veteranos republicanos entre ellos algunos librepensadores de Buñol.

EL SEÑOR FRANCISCO CARRASCOSA PÉREZ

Como tiene tantos años—más de ochenta—un hijo suyo, herrero—el otro es militar—le recomienda en todo instante que salga poco, que no trabaje, que viva recogido, apaciblemente. Pero él tiene un natural enérgico, voluntarioso y trabajador, y se indigna. Y todos los días, aunque la nura, de acuerdo con el hijo, le pone toda suerte de impedimentos y de intento, para ver si el hambre le rinde, no le pone la comida si sale, él se va, por las calles estrechas y claras de Buñol, cruzadas de alambres telefónicos y eléctricos, donde al anochecer se paran a bandadas los tordos y gorriones, que no se fueron a las alturas almenadas del castillo, y llega a los campos, jugosos y tiernos, como de país en el que abundan las fuentes, y allí trabaja, valientemente, ganándose el pan. Es su lema: ganarse el pan mientras le queden aientos. Y si se le objeta que ya se ganó en sus largos años el

buen pasar, los ratos al sol, a la puerta de casa, ajeno al trajín laborioso de las gentes, él se indigna, estimando que se menosprecia su energía y que se le quiere coaccionar. ¡Y a esto no, yo te jo... so! A él no le quita nadie su derecho a pensar ni a vivir como su juicio le dicte. El fué siempre así.

Cuando era mozo—cuenta—trabajando en la fábrica de papel de los Ferrer, el dueño, cacique entonces de los conservadores—era hijo, sin embargo, de un buen republicano—quiso obligarle a votar la candidatura de su partido. Le iba en ello el trabajo, el jornal, la seguridad de su vida. Pero él no vaciló—lo rechazó indignado—; hay cosas que no es necesario pensarlas, pues de tanto pensarlas antes y servirlas se hicieron carne y sangre de uno y todo nuestro ser, todo él incluso lo más inanimado, lo rechaza—. Esto le ocasionó grandes dificultades, pero él no se arredró. Tenía razón. Yo—le decía al patrono—he aprendido de su padre de usted a proceder así—aludía al Ferrer republicano —y si usted, que es su hijo, aventa sus cenizas, yo, no siendo nada de él, las guardo, y respeto su recuerdo y sus enseñanzas.

Fué siempre así. Y este carácter entero, enérgico, independiente y leal, es lo que hace de su larga vida como un monumento que anda, un monumento de más de ochenta años, tostado por el

sol, con grietas en las manos y en la cara, de tantos relentes y horas de bochorno y de hielos y vientos como hubo de resistir.

Sus padres eran muy arrimados a la Iglesia. Muy devotos. Los abuelos ya eran así y ellos aceptaban como buenas sus ideas, su religión y sus costumbres. Y así fué él durante veinte o más años. De pequeño iba a misa y todos los días rezaba con fervor. Y si alguna vez, al acostarse, se olvidaba o diciendo las oraciones se dormía, la madre se lo recordaba a pellizcos y puntapiés, porque la fe, como la letra, según el viejo refrán, con sangre y golpes entra. Pero bruscamente su vida cambió. Fué por el año 68, al estallar la revolución. Había caído en sus manos un ejemplar de "Las ruinas de Palmira", de Volney, y esto fué como una revelación. El no tenía una sólida, ni siquiera una mediana preparación para comprender lo hondo de los razonamientos del libro, pero una voz interior le decía que por allí estaba el verdadero, auténtico, camino de la vida. Y comenzó a leer con verdaderas ansias. El era un triste jornalero, es decir, ganaba como todos los obreros de su tiempo, un mísero salario—de aprendiz estuvo ganando durante más de dos años una peseta a la semana—y la jornada era larga, de diez y doce horas, de una manera caprichosa, pues el bárbaro régimen de trabajo de entonces autorizaba

todos aquellos excesos. Pero su voluntad de saber, de penetrar en lo posible en el arcano de las cosas, era grandísima, y robando horas al descanso y al dormir leía libros que pedía prestado o podía comprar a costa de inauditos sacrificios. ¡Qué larga y obscura batalla! Los domingos, después de toda la semana de trabajo en la fábrica, se iba, como ahora que es viejo, a trabajar en un majuelo, en un bancal de los que hay junto al río. Y cuando había hecho su faena, para holgar, se ponía a leer bajo un árbol, en el libro que se había traído a prevención. Y así fué pasando el tiempo, sin poder haber salido de jornalero, pero esto no le causa pesadumbre ninguna. Trabajar es necesario en la vida. Sólo los que trabajan merecen vivir. Y en cualquier estado, en todas las situaciones sociales, es posible hacer un servicio que interese al común, y vivir con dignidad y decoro. Con las manos callosas y metido en unas pobres ropas ajadas, se pueden tener maneras, y sobre todo, pensamientos y hechos de señor, y ser, en cambio, vestido con ricas prendas, un cualquiera.

Este buen veterano está contento con su suerte. No envidió nunca a nadie. En su pobreza fué un hombre feliz. Digo: lo que un hombre de espíritu inquieto y reformista puede ser de feliz. El mundo marcha—dice él—; marcha hacia adelante aun cuando algunos episodios de las luchas

que en él se libran hagan creer en repentinos retrocesos. Marcha hacia un régimen social y político más perfecto. Hoy se trabajan menos horas. Hay más facilidad para la instrucción, más cultura. Las costumbres son más suaves. Hace unos años, hacia el 1855, en Buñol, las gentes se mataban como moscas. Sin misericordia. Un alcalde, Lorenzo el Bartolo, cometía a diario, en las foscuras de la noche, toda clase de desmanes. Para ir por las calles, los que no querían meterse en belenes, llevaban un farolillo o un manojo de esparto encendido, pues si no, de un trabucazo le dejaban seco a uno. Hoy, la vida humana ha adquirido un altísimo valor. La ley es la ley. El le puso el nombre de Giordano a un hijo suyo en recuerdo de Giordano Bruno, el mártir de unas creencias. Y en este recuerdo a la muerte gloriosa y fecunda de aquel hombre puso todas sus esperanzas de que no volviera a derramarse sangre inocente; es decir, su confianza en la perfectibilidad de los hombres, en su constante progreso moral.

Fragments del libro “Veteranos de la República” de Julio Just (1932), breves artículos aparecidos entre 1928 y 1930 en *El Pueblo* que retratan estampas de veteranos republicanos entre ellos algunos librepensadores de Buñol.